

**LIBERACION, MISERICORDIA, JUSTICIA**

**Homilía de Jon Sobrino**

**en honor de Gustavo Gutiérrez**

Estamos reunidos en esta Eucaristía con gran alegría para celebrar este acto tan cristiano que es dar gracias. Damos gracias a Dios por la presencia de su hijo Jesús entre nosotros, por su palabra que acabamos de escuchar y por la esperanza que vive en nuestros corazones.

Hoy damos gracias a Dios especialmente por nuestro hermano Gustavo, por sus sesenta años de vida y de fe, y por su compromiso cristiano, sacerdotal y teológico. Sesenta años representan la madurez de toda una vida, pero también -como lo hemos apreciado al escucharlo estos días- la juventud de su mente y corazón para seguir buscando cómo hacer el bien a los pueblos pobres de nuestro continente y de todo el mundo.

Junto con todos los aquí presentes, con muchos hombres y mujeres de todo el mundo, junto con tu pueblo peruano, con tus amigos, con los cientos de niños de tu parroquia Cristo Redentor del Rímac, queremos decirte, Gustavo, simplemente GRACIAS.

Pero esta acción de gracias creo yo -y Gustavo será el primero en reconocerlo- la celebramos en un contexto más amplio, que quiero recordar en esta

primera parte de la homilía. Celebramos también en estos días los 20 años de Medellín, que es el símbolo de una gran novedad histórica y evangélica. Como lo ha dicho Gustavo muchas veces, celebramos "la irrupción de los pobres".

Damos gracias a Dios, pues, porque los pobres de este mundo, los ignorados y olvidados, los sin voz, han irrumpido con fuerza, con lamentos incontenibles que provocan sus opresores, con sufrimientos que los privan de toda forma humana y que llegan hasta el cielo; pero también con su esperanza de vida, de dignidad y de justicia, con su firme compromiso de trabajo y de lucha por hacer de este mundo un lugar más justo, humano y fraterno; y con su alegría contagiosa, en medio de tanto sufrimiento, que es, creo, la mejor expresión de su fe.

Creo también que, con los pobres y a través de ellos, Dios mismo ha irrumpido en nuestro continente con una fuerza nueva y desconocida. Este Dios ha irrumpido de muy diversas formas: silencioso en los que no tienen voz, escondido en su pobreza, crucificado en los pueblos que sufren con una crucifixión cotidiana. Pero ha irrumpido también como un Dios vivo que da vida, esperanza y valor; como un Dios de vida que ofrece dignidad e incluso alegría a los pobres de este mundo. Creo sinceramente que con la irrupción de los pobres "Dios" ha dejado de ser un vocablo vacío y desechable. Por un lado, este Dios se hace cercano y real, encarnado y salvador; por otro lado, este Dios sigue siendo mayor que todo, un Dios misterioso que nos obliga y nos inspira a buscar y a recorrer caminos novedosos hacia la liberación. Yo creo que esto es así, que Dios ha irrumpido en este mundo, porque la opción de Dios es por los pobres, y la de los pobres es por Dios. Ellos llevan a Dios en sus espaldas por los caminos de la historia.

Creo finalmente que con los pobres ha irrumpido la verdad de lo que somos todos nosotros como seres humanos. Las reuniones en estos días y en esta eucaristía, celebrada con hombres y mujeres de tan diversas confesiones, religiones, razas y culturas, me recuerdan la fuerza y lozanía con que describía la Didajé las primeras eucaristías celebradas por los cristianos: hombres y mujeres congregados desde los cuatro puntos cardinales y unificados por una fe y una vida. La lozanía de aquellas reuniones es explicable porque todavía estaba reciente la experiencia del resucitado; la que hoy tienen nuestras reuniones se explica por la experiencia actual de haber presenciado la aparición de Dios y de Jesús en la irrupción de los pobres. Ellos son los que nos convocan y los que nos animan a redescubrir nuestra propia identidad como hombres y mujeres nuevos.

Creo yo que, mejor que cualquier antropología, los pobres de este mundo nos dicen la verdad de lo que somos y lo que debemos ser: hombres y mujeres que viven en solidaridad con ellos, dando lo mejor que tenemos y recibiendo lo mejor que ellos tienen. Al introducirnos en el mundo de los pobres recobramos nuestra identidad humana perdida en el mundo de los opresores, que no es más que una anomalía y no la realidad de la inmensa mayoría de este mundo. Recobramos la identidad y el gozo de ser en verdad seres humanos, de pertenecer al género humano. Nuestros sufrimientos recobran la dignidad de participar en los sufrimientos reales de este mundo y nuestras alegrías se convierten en verdaderas alegrías, no en oasis de bienestar o de placer, lo que sería una burla en este mundo sufriente. Los pobres se convierten también en quienes nos ofrecen gracia, realidad tan olvidada y tan sofocada en un mundo en el que domina el poder. Ellos desenmascaran nuestro orgullo, pequeñez y pecado, pero con su sentido de acogida nos otorgan el perdón. Con su esperanza, su

solidaridad y alegría, se convierten en buena noticia para todos nosotros.

Creo, pues, que tenemos verdaderas razones para dar gracias. Los pobres han irrumpido y con ellos tenemos el privilegio de saber un poco mejor quién es Dios y quiénes somos nosotros mismos. Se nos ha concedido la gracia de estar más cerca de Dios, de vivir y luchar un poco más por causas nobles que nos humanizan a todos.

En este contexto evangélico, la gran Buena Nueva en nuestros días, somos llamados a celebrar los sesenta años de vida de Gustavo Gutiérrez. A él le ha sido dada la gracia de poner en palabras a través de sus escritos y, sobre todo, en la palabra de su propia vida, esa buena noticia. No puedo recorrer toda la vida de Gustavo ni es ahora la ocasión para ello. Sólo quiero manifestar lo que a mí personalmente más me ha impresionado e impactado de su vida y de su obra.

En primer lugar, Gustavo, creo que tu vida y tu teología están marcadas por una gran compasión y misericordia, como la misericordia de Jesús de la que nos habla el evangelio de hoy. Quizás la palabra misericordia pueda parecer inadecuada para describir la inspiración que subyace a una teología que quiere ser teología de la liberación; puede sonar en exceso sentimental, individualista, ineficaz o fácilmente cooptable por el mundo opresor. Pero con la palabra misericordia queremos expresar un gran amor, un amor real e incondicional, un amor primero y último que trasciende todo lo demás, que corre cualquier riesgo personal e institucional para atender al herido en el camino. Responder con misericordia es una opción de por vida; no es sólo una opción preferencial, sino una opción primordial que configura la vida entera, la mente y el corazón, la práctica y la oración. Esa es la impresión que me produce tu lenguaje cuando hablas de las "víctimas

de este mundo", de "los que mueren antes de tiempo", de "los Cristos azotados". Es precisamente el lenguaje de la misericordia lo que hace comprensible la teología como acto segundo. Pero no sólo la teología; sino todo lo que uno es y lo que uno tiene se vuelve secundario comparado con el sufrimiento del herido en el camino.

Creo también que tu vida y tu teología están marcadas por una misericordia que quiere ser verdaderamente eficaz ante el masivo y duradero sufrimiento de los pobres y ante las causas estructurales de ese sufrimiento. De ahí tu interés por conocer, analizar e interpretar lo mejor posible las causas de ese sufrimiento y por buscar los mejores caminos para superarlos. Allí es donde la misericordia se convierte en justicia para construir un mundo según el corazón de Dios, un mundo en que la verdad venza a la mentira, la fraternidad a la opresión, la vida a la muerte. Por eso, si se me permite una palabra más académica, creo que tu teología no es sólo una inteligencia de la fe, sino también una inteligencia de la esperanza y sobre todo, una inteligencia de la misericordia, de la justicia, del amor, un "intellectus amoris".

Creo que tu vida y tu teología son también conflictivas pero no por tu carácter, que es ciertamente fuerte y firme, pero también lleno de amor y de ternura, hacia los niños y los débiles; son conflictivas por necesidad evangélica. Querido Gustavo: cómo me gustaría en estos momentos ofrecerte paz y tranquilidad, asegurarte que tu teología va a ser aceptada por todos, que va a ser al menos comprendida e interpretada con mente abierta y buena voluntad. Pero todos sabemos qué difícil es que así sea. Defender a los pobres es pisotear los ídolos. Como nos dijo Mons. Romero, "¡Ay de aquellos que pisotean los ídolos! Es como pisar un cable de alta tensión, quien lo hace se quema". Sólo quiero recordarte

que no estás solo en ese conflicto. Que no estás solo cuando te sientes marginado, cuando tu corazón sufre con el abandono de aquellos de quienes tu quieres ser amigo, cooperador y servidor. Tú has pensado en esto profundamente en tu libro sobre Job. Pero sabes muy bien que estás en buena compañía, entre una hueste de testigos, desde Jesús de Nazaret hasta el pueblo que cotidianamente sufre la opresión de los ídolos.

Creo que tu vida y tu teología son espirituales. Dios, la oración y la gracia están en verdad presentes en tu primer gran libro, **Teología de la Liberación**, y se han convertido en temas clásicos de la teología latinoamericana. Creo que has aprendido bien las palabras de Jesús: que debemos beber el agua que nos da verdadera vida, que da nuevos ojos para ver, profundo sentido de misericordia, esperanza indestructible, humildad de corazón, libertad suficiente para dar la vida. Has aprendido que además del discurso analítico y de la praxis, se necesita espíritu para vivir como seres humanos y cristianos. Para recalcarlo, has dicho que una teología que se define a sí misma como praxis liberadora debe estar fundada sobre la gracia que deja que el amor de Dios nos agarre, amor que libera para amar en verdad a los pobres, amor que incluso fortalece las luchas de los pobres por su liberación, uniendo de alguna manera utópica objetivos tan difíciles como justicia y reconciliación, indignación y serenidad, sufrimiento y gozo. Y lo que has añadido desde tu propia experiencia es que esa agua viva se encuentra en el pozo que los pueblos pobres han ido llenando con su propio espíritu, con su fe, con su arte, con su cultura y, también con sus lágrimas y su sangre.

Creo, por último, que tu vida y tu teología están llenas de integridad. Esa integridad no es sólo la honradez intelectual que debe sostener toda teología, sino más hondamente es integridad humana.

Creo que no usas palabras rutinarias cuando hablas de limitaciones, errores y pequeñeces, presentes en la teología de la liberación, hecha por seres humanos y por lo tanto también ella sujeta a limitaciones. Para mí es una señal de honradez, tratar de superar la imperfección humana que nos tienta siempre a equiparar nuestra propia verdad con la verdad en sí misma.

Y considero que es un signo adicional de honradez el que hayas decidido a tratar temas nuevos, tales como la espiritualidad, el sentido profundo del libro de Job y aun la ecología, que en un primer momento parecieran estar alejados de la liberación, pero que son exigencias surgidas de la realidad concreta del proceso liberador y no de un punto de vista idealista. La presencia, en tu teología, de la misericordia, la justicia y la lucha contra los ídolos contemporáneos, da testimonio de un quehacer teológico marcado por la fe en un Dios de vida. El reconocimiento de las propias limitaciones de la teología y la atenta escucha de la novedad de la historia dan testimonio de una fe en un Dios siempre mayor, en un Dios que es también utopía y misterio.

Esta combinación de misericordia y de justicia, de conflicto y de espiritualidad, de honda honradez con Dios y con el pueblo es lo que personalmente más me ha impresionado de la persona y obra de Gustavo Gutiérrez, creo que es el aporte más duradero, la contribución más importante para el presente y el futuro de la Iglesia y de los pueblos del mundo.

Para terminar, sólo quiero mencionar el recuerdo personal más importante que tengo de Gustavo. El 24 de marzo de 1980 Monseñor Romero fue asesinado. El 30 de marzo, en su funeral, decenas de personas murieron, asesinadas algunas, asfixiadas otras. Y Gustavo estaba allí. No vino a El Salvador como reconocido teólogo ni como importante figura eclesial. Simplemente estaba allí, como uno más entre muchos

miles de salvadoreños y muchos otros millones de seres humanos en todo el mundo que acompañaban a Monseñor Romero en su corazón. Para mí, ese sencillo gesto de estar allí significó ponerse delante del siervo sufriente de Yahvé, delante de Cristo y delante de nuestros pueblos crucificados. No puedo decir qué pensaba y sentía Gustavo en aquellos momentos. Pero no creo equivocarme si digo que, como otros muchos, en ese siervo sufriente encontré, como dice Isaías, "la luz de las naciones", que ante ese siervo sufriente se fortaleció su compromiso, que en ese siervo sufriente encontré, paradójicamente, salvación.

Quiero agradecerte, Gustavo, por haber estado allí ese día, por estar presente en tantas crucifixiones que ocurren en nuestro mundo hoy en día; y por llevar día a día la cruz de tu amado pueblo peruano. Quiero agradecerte por tu humilde y comprometida presencia en ese pueblo en tu lucha por bajarlo de su cruz.

Lo mejor que yo puedo ofrecer en este momento, y lo mejor que puedo ofrecer a todos, es ese mismo pueblo crucificado y esperanzado, y lo hago con estas palabras de Monseñor Romero: "Con este pueblo no cuesta ser buen pastor". No cuesta ser teólogo, añadiría yo, no cuesta ser misionero, agente de pastoral, trabajador social. Es verdad que el mundo en el que vivimos está lleno de pecado, pero también está lleno de gracia. El evangelio es una carga pesada, pero se hace ligera a medida que la llevamos. Nuestro servicio a los pueblos crucificados es exigente y costoso, pero son ellos mismos los que nos impulsan a servirlos. El pecado abunda, pero la gracia sobreabunda. Es esta gracia del Señor Jesucristo la que yo deseo para todos ustedes. Y esa gracia, Gustavo, es la que todos sinceramente deseamos para ti hoy día y que ella te acompañe a lo largo de toda tu vida.